

¿VINO NUEVO EN ODRES VIEJOS?

Gener José Avilés Alatraste
Universidad de Montemorelos, México

Obra reseñada:

Pozo, J. I y Monereo, C. (2002). *El aprendizaje estratégico*.
Madrid: Santillana.

En 1939 el académico norteamericano Harold Benjamín escribió un libro que cimbraría el sistema educativo de su país durante toda una década. En conmemoración por el septuagésimo quinto aniversario de su publicación, la editorial McGraw-Hill decidió reimprimirlo a fines de 2004. Con el seudónimo de Abner J. Peddiwell (1939) se refirió, mediante una sátira, al “currículo de los dientes de sable”, con el propósito de reflexionar sobre la situación del sistema educativo de los Estados Unidos de Norteamérica poco antes de la Segunda Guerra Mundial.

El libro traslada al lector a los tiempos prehistóricos de una comunidad, donde los sabios ancianos enfrentan el embate de las ideas juveniles y realizan un análisis del plan de estudios. El análisis se centra en lo que deben aprender los jóvenes, siendo que se han descubierto nuevos utensilios de caza, que las grandes extensiones naturales empiezan a mostrar la huella del hombre y que las especies animales están extinguiéndose. ¿Se les debe seguir enseñando a capturar peces con arpón, a cazar caballos lanudos a garrotazos y a asustar con fuego a los tigres dientes de sable? ¿Qué sucedería si alguien inventara la caña de pescar, los caballos lanudos se trasladaran a tierras más altas y aparecieran los velo-

ces antílopes o si los tigres dientes de sable se extinguieran y su lugar fuera ocupado en la cadena alimenticia por los menos numerosos osos? ¿No se debería jubilar al currículo y sustituirlo por estudios más pertinentes? Peddiwell dice textualmente:

“No seas tonto”, le dijeron los sabios ancianos mostrando sus sonrisas más benévolas. “No enseñamos a capturar peces con el fin de capturar peces, lo enseñamos para desarrollar una habilidad general que nunca se podrá obtener con una mera instrucción. No enseñamos a cazar caballos a garrotazos para cazar caballos; lo enseñamos para desarrollar una fuerza general en el aprendiz que nunca podrá obtener de una cosa tan prosaica y especializada como cazar antílopes con red. No enseñamos a asustar tigres con el fin de asustar tigres, lo enseñamos con el propósito de dar ese noble coraje que se aplica a todos los niveles de la vida y que nunca podría originarse en una actividad tan básica como matar osos”. Todos los radicales se quedaron sin palabras ante esta declaración; todos salvo el más radical de todos. Estaba desconcertado, es

¿VINO NUEVO EN ODRES VIEJOS?

cierto, pero era tan radical que aún hizo una última protesta. “Pero, con todo”, sugirió, “deberéis admitir que los tiempos han cambiado. ¿No podríais dignaros a probar estas otras actividades más modernas? Después de todo, quizá tengan algún valor educativo”. Incluso los compañeros radicales de ese hombre pensaron que había ido demasiado lejos. Los sabios ancianos estaban indignados. La sonrisa se esfumó de sus semblantes. “Si tú mismo tuvieras alguna educación”, le dijeron gravemente, “sabrías que la esencia de la verdadera educación es la intemporalidad. Es algo que permanece a través de las condiciones cambiantes como una roca firme plantada en medio de un tumultuoso torrente. ¡Has de saber que hay verdades eternas y que el currículo de los dientes de sable es una de ellas!” (p. 25).

El corazón de la discusión de los imaginarios sabios prehistóricos ha sido el centro de la discusión pedagógica durante el último siglo. Así la educación, en palabras de Palacios (1997), sociológicamente ha oscilado de una educación tradicionalista a la llamada educación nueva, y psicológicamente de una educación conductista a una educación constructivista y cognitiva.

En los inicios de un nuevo siglo son muchos y variados los enfoques que proclaman que la gran meta de la educación actual es enseñar al alumno a aprender a aprender. Lo hacen, desde una perspectiva psicológica, visionariamente Vigotsky (1932/1979) y Bruner (1988); desde una perspectiva pedagógica, Boyer (1997); y desde una perspectiva filosófica, Savater (1997) y Delors (1996).

Este es el tema que abordan Juan

Ignacio Pozo y Carles Monereo al coordinar un encuentro en Madrid con 30 especialistas sobre estrategias de aprendizaje durante el verano de 1999 y cuyos resultados fueron publicados en la colección XXI de Santillana en 2002, con el título de *El aprendizaje estratégico*. Se puede pensar que es un tema ampliamente recurrente en la literatura en inglés. En cambio son pocos los textos en español que revisan con erudición el tema y éste es uno de los más recientes.

Los compiladores organizan el libro en tres partes. En la primera analizan las estrategias de aprendizaje desde tres aspectos que, aunque diferentes, confluyen en el aprendizaje: el querer aprender, el saber aprender y el poder aprender.

La segunda parte de la obra presenta estrategias de aprendizaje para diferentes áreas del conocimiento organizadas en tres secciones: estrategias (a) para la lectura y la comprensión de textos, (b) para la toma de apuntes y escritura y (c) para notaciones gráficas. Lo sobresaliente en esta parte del libro es el énfasis que los autores hacen de la importancia de aprender no solamente los contenidos sino la forma de apropiarse de ellos.

Finalmente hacen un análisis de las estrategias de aprendizaje en la actividad educativa del profesor en dos momentos: en la evaluación de las estrategias de aprendizaje y en la intervención psicopedagógica.

El tratamiento curricular de las estrategias de aprendizaje depende no sólo —o quizás, no tanto— de la capacitación técnica de los profesores, de su dominio de estrategias docentes eficaces para evaluar o hacer que los alumnos aprendan estratégicamente (Monereo, Barberá, Castello, Gómez y Pérez Cabaní, 1996) o de las propias concepciones que los profesores tengan sobre la educación y sus metas, sino también del contexto social y profesional, de la cultura escolar

en la que se encuentran, de lo que se llama el *ethos* de la escuela, que se resiste a incorporar cambios, cambios que deben ser no sólo conceptuales o procedimentales, sino principalmente institucionales.

Si los individuos aprenden lentamente o con dificultades, más lentamente aprenden las instituciones. Y es en este ámbito en el que se aprecian de modo más acusado los desajustes entre las demandas sociales en educación y las estructuras educativas desde las que se hace la oferta educativa. Así, desde todos los sectores de la sociedad parece reclamarse una escuela nueva, menos desde la propia escuela, que intenta contra viento y marea mantener en pie estructuras y formas de transmitir el conocimiento cada vez más alejadas de la sociedad para la que está formando. Las estrategias de aprendizaje no son sino una prueba más de esos desajustes y al

mismo tiempo una de las vías por medio de las cuales los profesores y orientadores pueden intervenir para promover cambios. Si esto no ocurre estamos poniendo vino viejo en odres nuevos.

Referencias

- Boyer, E. L. (1997). *Una propuesta para la educación superior del futuro*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bruner, J. S. (1988). *Desarrollo cognitivo y educación*. Madrid: Morata.
- Delors, J. (1996). *Informe Delors: la educación encierra un tesoro*. París: Unesco.
- Monereo, C., Barberá, E., Castello, M., Gómez, I. y Pérez Cabaní, M. L. (1996). *Manual de orientación y tutoría*. Barcelona: Praxis.
- Palacios, J. (1997). *La cuestión escolar*. México: Lea.
- Peddiwell, A. J. (1939). *The saber-tooth curriculum*. New York: McGraw-Hill.
- Savater, F. (1997). *El valor de educar*. México: Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América.
- Vygotsky, L. S. (1979). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona: Crítica.